

# Cinco estaciones de paso

Fco. Javier López Navidad



**A José Antonio Quesada, generosidad ilimitada.**

**A Álvaro Souvirón, el amigo desconocido.**

**A Juan Miguel González, hermano y mentor.**

**Gracias.**

El pasado es la única cosa muerta cuyo aroma es dulce.(Eduard Thomas)

### *1ª - Cártama Estación*

Corrían los albores de la mortadela con aceitunas cuando un mundo nuevo se desgranaba entero a mis ojos de niño ignaro y soñador. El mundo de las incógnitas, de las palabras y de las respuestas, menos lógicas siempre que las preguntas. Ese mundo que se esparcía en detalles mágicos e incomprensibles, pero siempre luminosos y llenos de vida. Pasé del barro al acero en menos de un año; del grafito a los transistores y al conocimiento del watio y del voltio, sin menosprecio del amperio, en cosa de meses. Gran tarea la de ser niño sin explicación. Porque las sorpresas venían apareadas de sustos y éstos de descon-suelo: Yo no me vi la cara, pero el día que aprendimos que teníamos doscientos seis huesos fue sobrecogedor para toda la clase y más para Pepillo, que era aire cadera abajo por culpa de un motocarro. No había bálsamo para estas situaciones, y eso que lo intentamos diciéndole que teníamos al nacer más de trescientos huesos, así que todos habíamos perdido algo creciendo; alguno, el más pío, incluso, le ofreció un hueso de su cuerpo, como mi primo Genaro, que había pasado la polio y le sobraban varios, según él. Las ocasiones se multiplicaban más allá de la tabla del diez y uno, siempre curioso, caía y pecaba mil veces en la misma piedra sin la menor aprobación de mis progenitores. Nadie nos comprendía a esa edad, con los años, aún menos.

Todo era válido para el descubrimiento, hasta la primera clase de gimnasia. Un serio profesor con bigote, chaqueta, corbata y zapatos Segarra, puntiagudos del 40, de entrada, nos mandaba calentar a la carrera y practicar estiramientos musculares, muy espartanos y disciplinados ellos, que más que calentarnos nos enfriaban, dado que acababan con las pocas calorías que teníamos en el baúl de la reserva; luego, dictaba con voz potente el ejercicio a realizar ante cincuenta y siete estupefactos atletas infantiles: ¡Tumbados de cúbito supi-no! Y nos mirábamos fascinados ante la jerga del docente, hasta que él nos aclaraba: ¡Tumbados sobre el dorso, coño! ¡Y nadie sabía lo que era el dorso! La verdad es que las clases de educación física poco hicieron por nuestras débiles articulaciones y músculos inexistentes, pero fueron prolíferas en asuntos de lenguaje. Aún recuerdo palabras como pronó, flexión, sartorio, torsión, plexo solar, risorio, recto anterior, masetero...y a don Luis, de rizos canos y bondad en anchura, explicándolas con paciencia de varón flemático y a punto de sufrir un aneurisma bajo el sol de las doce; después, de vuelta a casa, el bueno de don Luis, se paraba unos minutos en el Bar Juan el Cateto, hojeaba El Alcázar, pedía un blanco amontillado, se fumaba un caldo de gallina y fuera miserias cardiovasculares.

A un metro de distancia, tras la última acera plagada de naranjos, empezaba el Nuevo Mundo. Y ese mundo se abría en cuatro costados inexplorados por mí, excepto la calle arterial que, cada domingo a las nueve y media de la mañana, me conducía a la Iglesia, o como mucho, unos metros más allá, a la casa de Merchán El Pecosó -El Pelirrojo Merchán, tras ver la película Los Vikingos- a pasar un ratito de envidia. ¡Qué tazones con chocolate se metía entre pecho y espalda! ¡Qué sudores con los churros! y encima, chupaba el junco verde que anillaba a los mismos. La criatura era el despropósito de Blanco Coris. Y tras mi ayuno, porque él se lo comía todo alegando flatos y calambres, yo me enfadaba, pero lo entendía porque era pobre. Después, ambos nos dirigíamos a la misa, yo, generalmente, pulcro y él, casi siempre, de alto representante del Estado Mayor del Lamparón.

En el costado norte del Barrio o Vivi, destacaba la figura de un kiosko en tenguerengue, antigua churrería dominical y freiduría de patatas por la tarde, al que le daba sostén un viejo lebrillo despostillado de más de un metro de diámetro, que, apoyado en la parte más inestable y peligrosa de la morada, combatía vientos y tempestades guardando el equilibrio con la ayuda de viejas vigas apolilladas de origen sarraceno, al menos eso era lo que nos contaba su perito, Juan de Portocarrero y Díaz de Durana, Juan El Poropo. Un letrero indicaba a los visitantes en qué consistía el invento arquitectónico que se mostraba ante nosotros sin permisos municipales o las famosas pólizas de época: CASA JUAN, LUGAR DE RECREO. Estuvo Juan más de una vez tentado de quitar la palabra recreo porque la consideró pueril y poco seria, cuando realmente era lo que nos congregaba a niños y jóvenes en torno a ella. A mí me encantó el añadido de letrero que, entre paréntesis, puso un año metido en lluvias: (Refugio Natural). Hizo intentos de traducir el letrero a otras lenguas, dada la cercanía de Torremolinos, pero desistió de ello, ya que las únicas lenguas que chapurraba con cierta decencia eran el latín y el árabe de Larache, de su paso por la Gota de Leche.

Hacer un retrato de alguien con edad indefinida es tarea casi imposible, es como hacer una foto-robot de alguien que carece de rostro. ¿Qué edad tenía El Poropo cuando se estableció en Hazas de Cuevas? Tras un amplio sondeo, nadie sabe contestarme. Coincidimos, eso sí, en calcular a ojo de buen cubero, que tendría en torno a la treintena. Es decir, sería uno de aquellos niños nacidos en la década fracasada de la 2ª República, de ahí su paso por instituciones de beneficencia pública. Preguntarle a él por su edad, nos condenaba, seguramente, a encontrarlo con los últimos de Filipinas; porque El Poropo era hombre de otra época y él no se ubicaba en calendas al uso; además, habría sido irrespetuoso por nuestra parte preguntarle tal sandez. A los hombres solitarios, así como a las damas, es de mal gusto referirles la soledad no deseada; a unos, porque la padecen, a otras porque la intuyen.

Era Juan de mediana estatura, en torno a 165 cms. con cabeza, tronco y cortas extremidades, nada uniformes. Fuerte de brazos y ágil de piernas. Vista y oído afinados hasta el extremo. De pelo castaño y piel agrietada. Dentadura completa. Moderado en el diálogo, sugerente y preocupado por el porvenir ajeno, a la par que reservado y celoso de intimidades propias. Certero en puntería con adoquines y otras armas arrojadas. Todos estamos de acuerdo que era valiente, no temerario, y capaz de enfrentarse él solo a un grupo de «abencerrajes» si se terciaba. Así llamaba Juan a los golfillos de barrios cercanos:

*- Juan, la cerca está rota, así como el cañizo. He visto dos ranas muertas.*

*- Anoche recibí la visita de unos abencerrajes de El Bulto. No sé qué han ganado matando las ranas. Pero dos, por lo menos, han acabado en la Casa Socorro de la Estación.*

Y lo decía sin afección y candor inexistente. De manera tajante, pero respetuosa.

Juan El Poropo se dejó influir tan poco por su entorno natural como pocos hombres lo hicieron a lo largo de la historia; en cambio creó uno propio, y éste le fue cambiando a él. Hoy pienso que la naturaleza le ubicó correctamente, pero él se hallaba en lugar equivocado.

Siempre me llamó la atención la buena salud del pasado.

## *2ª - Bobadilla*

Juan El Poropo siempre soñó con Babilonia, con los jardines colgantes, con sus gentes dadas a la lujuria y al soez arrebatado de la carne, de ahí que trabajó la tierra de los alrededores, levantó cercas con cañas, hizo muros de piedras y ladrillos, dejó sin agua a una granja de pollos para erigir un estanque y un pozo ciego, taló un algarrobo y dejó limpio el lugar de visitantes molestos. Llenó de gusarapos el estanque para tener ranas en verano y sembró flores a porrillo o tutiplén. Nunca vi, salvo un clavel y una enredadera de gitanillas con los colores patrios, otras flores; pero vi multiplicarse la tierra alrededor de Casa Juan de manera sorprendente. Cuando uno le preguntaba el porqué de su empresa, contestaba: Para combatir la Pertinaz. Era un autarca ejemplar mi admirado Juan El Poropo. Lo que empezó por dos metros cuadrados de cubil, en menos de un año, era una humilde hacienda de marjal y medio. Tres herramientas tenía: una machota, una llave inglesa oxidada y una diez-once.

Casa Juan siempre olía a algarrobas y a pies sucios sin lavar; su dueño, ciertos días, se daba a la molicie, quizás, por agotamiento o por el principio de creerse que todo estaba permitido. Los días de lluvia aquello era un sembrado de latas sin cordura: latas en el suelo, en el mostrador, en los estantes, sobre las cajas hacinadas en perfecta verticalidad. El goteo en cabezas y latas de La Lechera se hacía insoportable para alguien que padeciese de nervios de punta. Él se afanaba en taponar vías de agua con el sólo recurso de una lata en la mano y una vigilancia extrema hacia donde derrapaba la gota. ¡Y menudo tino auditivo tenía! «El orden público pertenece al poder gobernante, el privado, al que dirán», solía decir en defensa propia. En lo tocante al comercio, era un ser platónico y violento a la vez. Defendía el negocio como medio para conseguir la virtud, pero practicaba el mismo con un acentuado tic fenicio.

Cuando algo se salía de la lógica más elemental, Juan ponderaba con una lección magistral sobre el tema, de tal guisa, que a todos los presentes no nos quedaba más remedio que callar o abrir la boca. Si la respuesta le era desconocida, él, para que no se notase su abatimiento contestaba: «Nones». Es decir, que cuestionaba la pregunta. Cuando el cálculo le era imposible solía usar siempre una frase escueta y determinante: «Eso no existe». Para él, por ejemplo, no existían camiones que cargasen 28'7 Tm, o planetas de mayor densidad que la Tierra o el porcentaje de nitrógeno en el aire; declaraba solemnemente que tanto nitrógeno en el aire nos llevaría irremediabilmente al Batatar. La palabra nitrógeno le sonaba a nociva, como otras, de las que tenía fundadas sospechas.

Las cajas de Pepsi y Mirinda sostenían los tabiques del tugurio y un breve mostrador ejercía de contrafuerte interior. No me cabe duda, al recordarlo, que Dios sorprende la estadística. Hubo en esa época algún terremoto en Málaga, donde, milagrosamente, cayeron cimentaciones sin daños mayores y, cuando el suceso acontecía en la madrugada, siempre esperábamos la llegada del nuevo día para ver qué había quedado de Casa Juan, que siempre, permanecía a salvo y superaba todo fenómeno meteorológico. Vientos, tormentas, inundaciones, granizadas... nunca dejaron huella en ella, salvo humedad. Juan El Poropo tenía que ser a la fuerza el médico del caballero Belianís en ingeniería industrial aplicada.

En lugares sin concretar, los Celtas cortos e Ideales, los Peninsulares y el Antillana; en lugares ocultos, el Phillips Morris, el Luky Strike y el Camel; y en «chitis»(1) semioscuros, Bisontes, Tres Carabelas y Chester. Todo estaba calculado por si la guardia asomaba por allí con casco, tricornio o visera y todo el alijo de nicotina, alejado del suelo, salvado del moho y del vaho silencioso de la ruina. El arbitrio y orden de las cosas eran páginas descritas en alguna novela de Verne, por lo bien pensado que está en la pobreza las cosas más inútiles.

En lo tocante a bebidas, aquello era un almacén de alcoholes, fenoles y refrescos; vinos de bodegas inexistentes y brandys en abundancia. Había también una botella de Machaquito, otra de Bombita y una tercera de Chamaco II, de ahí que todos nos maliciamos que la fiesta nacional era espectáculo del agrado de Juan. Anís dulce El Mono, Badalona. Y muchas cajitas de Cafiaspirina y Optalidón. El nos decía que le venían muy bien esas grageas para el cerebro, los nervios y el pecho, cuando nos quedábamos mirándolas con caras plagadas de sospecha. Los refrescos podían adquirirse por un módico precio y pagar a plazos. Los alcoholes, en cambio, eran de pago previo. No había vasos para los primeros, sí pequeñas copas, «calibres», para los adornados con 49° o más. Todos sabíamos que solía disolver en un calibre de Terry dos optalidones y toser acto seguido dándose un golpecito con el puño en el pecho, a lo que seguía un «agua va» de alivio.

Muy a nuestro pesar, dada nuestra magra economía, a veces, la Mirinda, Fanta o gaseosa La Casera, tuvimos que consumirla a buchec. Dos perras gordas daban derecho a un buche de refresco de calidad, bien Mirinda limón o Fanta de naranja; por una, buche largo de La Casera. Corríamos el riesgo de estrangulamiento súbito en todos estos casos. ¡Ay! del osado que, aprovechando la fingida pasividad de Juan, sobrepasase los objetivos proyectados. Lo mismo, con el tabaco. Dos Celtas cortos, un real; una calada, seria amenaza a morir in situ de corazón.

Tanta miseria en un lugar tan reducido me llegó a preocupar. Un día cai en la cuenta de que todos éramos reos del descrédito y de ese que dirán, que nos retumbaba dentro como el mazo de un batán, borrándonos de un plumazo nuestros sueños de aventura y bonanza. Todo nos hacía presagiar que estábamos perdidos sin remisión; que todo romanticismo, lejos de mejorar la situación, la empeoraba, dada nuestra impotencia ante lo ajeno; que todo nuestro mundo y aspiraciones se resumían a irisadas tirillas de plástico para el puño del manillar de la Bh.

1. Chiti. *Lugar oculto, guarida. Sitio secreto. Nido, asilo, refugio donde se solazan los amantes sin sol.*

El pasado es lo que recuerdas, lo que imaginas recordar, lo que te convences en recordar, o lo que pretendes recordar.(Harold Pinter)

### *3ª - Valdepeñas*

Cada otoño, poco después del comienzo del curso escolar, una frenética alegría nos inundaba. Principiaba octubre y un trajín de camiones y remolques invadía el descampado que nos había servido de campo de fútbol y pista de carreras a lo largo del verano. Todos en formación cerrada, iban situándose en círculos concéntricos entre voces y órdenes dadas por un señor con bocina altavoz dorada donde se reflejaba el sol intensamente. Voces y señales dibujadas con yeso en el suelo iban poniendo cada vehículo en su lugar adecuado, dejando entre él y el siguiente un leve paso franco. Dada la vestimenta del director y la manera de colocar las «fuerzas del arte», la chiquillería acabábamos bautizándole George Custer, sólo le faltaba un caballo blanco y una silla de cuero con tafilete negro y tachones de plata.

Llegaba el Circo Mundial, el Price, el Madrid o el Alaska de Almería, con su Pinito de Oro como estrella o con los Hermanos Tonetti. Con sus tigres de Bengala, sus leones del Atlas o sus elefantes de una Bostwana desconocida; Mari Luz con sus pekinesas salvajes; Miss Calamidad con sus caballos cimarrones; Andy Kruger, el hombre hercúleo; o los Hermanos Stiroff de Siberia, nacidos ambos en Dos Hermanas, Sevilla, grandes funambulistas. No podían faltar, por supuesto, malabaristas, trapeceistas y domadores de pulgas, lagartijas, gatos y resto de la fauna al completo.

Hubo años que el paisaje desolado del descampado de los Pabellones Militares, amén de circo, se cubrió de sendas carpas de ciencia y picardías. Cine en tres dimensiones con gafas de cartón y óptica de plexiglás en dos tonos cromáticos: El Niágara y la Montaña Rusa. Había que echar cierta imaginación para no ahogarse o morir despeñado en un descuido. Y la ganadora en visitantes: Teatro Chino Manolita Chen, ¡Nadie era chino! Desde las cercanías de esta carpa se escuchaban gritos, olés y alguna que otra ordinariez, dedicada, por ejemplo, a la mujer serón, mujer de ubres gigantescas. Sólo una vez nos colamos, fue decepcionante para mí. No esperaba tanta carne flácida y tanto aroma desagradable; pero no estaba mal tampoco que el hombre ordinario diese rienda a sus instintos animales, y más aún, con la cercanía de congéneres en jaulas y escenarios.

Un sábado, serían algo más de las diez de la mañana, varios amigos que solíamos acercarnos al circo para ayudar a los artistas a cambio de unas monedas, nos topamos de frente con una jirafa de cuyo cuello pendía un cabo deshilachado en su extremo. Obviamente, pensamos que el animal se había escapado de su lugar de residencia y había salido a comer las pocas hojas que quedaban en los escasos árboles de los alrededores. Mordía entretenida hojas de un naranjo cuando le echamos el guante. Nuestra primera idea fue llevarla al circo, pero, tras pulsar la opinión de los tres ó cuatro que éramos, decidimos comunicar nuestro hallazgo a Juan El Poropo, convencidos de que él nos daría la más pertinente de sus opiniones. Anduvimos hacia Casa Juan con el dócil y asustadizo animal, uno golpeándole los cuartos traseros con una varilla de almendro y dos enganchados al cabo que pendía de su cuello. Llamamos a Juan desde afuera, abrió una hoja del kiosko, asomó la «gaita» y sin mediar palabra, abrió la portezuela de su jardín babilonio y se hizo cargo de la jirafa. Nosotros nos quedamos boquiabiertos ante la rapidez de Juan en decidir el porvenir de algo que no era suyo a lo que él espetó: «Lo que hay en la calle es de todos».

El cañizo cubría la jirafa hasta el nacimiento del cuello, entonces ideó la forma de que la misma pasase desapercibida a ojos de transeuntes y al chisme vecinal. De hecho nos hizo jurar a todos los implicados, de que la misma había tomado posesión de su hacienda sin proponérselo él. En una palabra: había asaltado los dominios de Casa Juan sin que nadie le hubiese obligado a hacerlo y una vez en ellos, el dueño se comprometía a su manutención por el tiempo que permaneciese libremente en ellos. Porque la caridad cristiana empieza por el respeto y cuidado de las criaturas de Dios. Para ocultarla a los ojos que ven demasiado nos hizo excavar un hoyo en el suelo de más de un metro de profundidad y traer del Camino de Antequera un palo de Sevillana al que ya le había echado el ojo, que alcanzó su verticalidad en el jardín a una distancia calculada de otro que ya estaba allí. Improvisó unas cortinas con telas venidas de no sé que lugar de Oriente, pero que olían a perros muertos, las cuales fueron atravesadas por el dobladillo superior con cordoncillo de bramante y una cuerda entretejida más gruesa. Por los laterales, estas cortinas iban fijadas a la pared por clavos. De esta manera, en cuestión de algo menos de una hora, la jirafa era ya parte de nuestros recuerdos.

Tras regar el jardín de las flores inexistentes, para evitar que el polvo dañase al visitante, Juan adecentó el estanque y lo adornó con cantos blanquecinos que añadían frescura y cierta sensación de limpieza. Puso un letrero a la entrada: Visita guiada - 1 pta. y a los que le habíamos llevado la jirafa, precio especial y simbólico sin reseñar: Dos reales. Y nosotros teníamos que hacer de guía de los demás. Todo consistía en un brevísimo paseo por el interior donde a los niños se les explicaba el origen de la cerámica granadina que podía verse en el lebrillo despostillado y con más lañas oxidadas que una cacerola de porcelana de una familia numerosa y en lo tocante al arte, en los restos de garabatos azules que algún ceramista de Purullena dibujase en él. Pasábamos después a las vigas apolilladas, restos del palo mayor y de la botavara de una nave sarracena que osó acercarse a nuestra costa en el siglo XV; una breve exposición sobre batracios, para finalmente poner al visitante al pie mismo del rumiante de la sabana africana, el cual andaba distraído todo el día entre el cubo de agua y el cubo que Juan llenó de hojas de acacia y ramas de rosál.

Fue tanto el éxito obtenido el día de la inauguración, que Juan se frotaba las manos y su inagotable cerebro diseñaba empresas de gran calado para el futuro. Ese día, entre la Visita, el tabaco y el refresco, había hecho caja para más de un mes. Hasta tres representantes de la Legión estuvieron en Casa Juan hasta altas horas pegados al mostrador tomando coñac con naranja, y fumando sin parar.

El gozo en un pozo, debió pensar cuando tres días después vio llegar a dos municipales con un representante del circo demandándole la jirafa. El se defendió brillantemente y en su exposición mezcló frases sueltas de Cicerón, de alguna catilinaria, con el cuidado prestado al animal, el cual estaba y gozaba de una salud envidiable. Al final, el representante del circo indemnizó por cuidados y alimentación a Juan con 200 ptas. diarias y acabaron tomando unos chatos de ese vino que Juan tenía para las ocasiones donde cerraba acuerdos ventajosos.



Haría cualquier cosa por recuperar la juventud... excepto hacer ejercicio, madrugar, o ser un miembro útil de la comunidad.(Oscar Wilde)

#### *4ª - San Petesburgo*

Pepe Narváez, un vecino de las Vivi, solía pasarse por Casa Juan cada medio día y a la vuelta del trabajo, para tomarse unos vinos peleones con el dueño y charlar de asuntos de incuestionable gravedad política. Todos sospechábamos que Pepe Narváez era anarquista, pero era hombre educado y sin una palabra más alta que otra. Era ocurrente y fino, cosa que contrastaba muy mucho como operario que lo era de la rama del metal. Un día-desconozco de qué hablaban Juan y él- me encantó la frase que pronunció: «Mira, Juan, una ardilla podría cruzar España, hoy que no quedan árboles, desde San Roque al Aneto, saltando de gilipollas en gilipollas». Cuando se ponía afectado a causa del blanco, cantaba; cuando reía, también cantaba. Estos cantos los decía con aire de soleá y con mucha naturalidad; llegados al segundo tercio, El Poropo se enardecía y hacía el falsete en barroco:

*Y que pasé la niñez  
llorando yo sin parar  
todos los días del año  
y las fiestas de guardar.*

*Y que se queden sin ojos  
los que me buscan a mí.  
Sólo vienen a mi casa  
para hacerme de sufrir.*

*Qué ganas tengo que pasen  
los días de mi tormento.  
Y verte a ti con tu caja  
y con tos tus muertos dentro.*

*Y si no fuera verdad.  
Que pierda yo los pulmones  
y parte del tragalá.*

Cuando acababa el cantaor sus tristes trinos, cada día, se repetía este corto diálogo entre ambos:

- *Tengo que comprarme un pikú,* decía el Poropo.
- *Juan, ¡si son más!,* contestaba Narváez.

No llevaría el buen hombre un año jubilado, cuando murió de un infarto. En su lápida hízose grabar el siguiente epitafio: «Casa Pepe Narváez, Refugio Natural». Y la funeraría, como siempre, le dio una vuelta a la tuerca al poner en la esquina derecha inferior una chapita metalizada donde se lee: La Perpetua, velando por su vida y la de su familia.

Cuando lleguemos a Babilonia, atenderemos las varices.

### *5ª - Viaje de vuelta*

De todos es sabido que el azar marca acontecimientos, encuentros, situaciones y actitudes. Pero también nosotros decidimos con qué quedarnos, porque la libertad de opción es subjetiva y sustantiva en cada individuo. Y yo, en mi viaje de vuelta, dejé esa invisibilidad elegida para decantarme por estos y otros recuerdos que marcaron para siempre el devenir de mi vida. Conforme husmeo el paisaje familiar y noto su cercanía, recupero de manera más viva y latente la palabra y se confirma aquello que me decía mi padre sobre la misma: «La palabra es el alma de la persona, nada seríamos sin la luz que emite; sin ella, seguiríamos entre penumbras, perdidos».

Nunca estuve tentado a la renuncia de estos recuerdos, porque en los mismos me hallo con espacios libres y con el dolor de la pérdida de esos lugares comunes que nos fueron arrebatados antes de tiempo como inmoción a un futuro ya pasado. Difícil empresa la de rescatar lo mejor de uno, pero empresa loable la de no renunciar al encuentro.

Difícil se me hace pensar que Juan El Poropo tuviese libro de cabecera, compañero fiel en las noches solitarias. Dudo hasta que tuviese cabecera, y si me apuro, hasta libro. Pero lo vi trajinar con fascículos por entregas de CCC y de Radio Maymó, a los que le dio mala vida, pero constante. No creo que los mismos le llegaran por suscripción, más bien, fue obra del destino y de su pública proclama de construir una radio de galena. Todos esperábamos su obra, pero la misma no pasó del mueble con su botonera, de un revoltijo de cables y del diseño. Había pensado en nosotros para montarla en cadena, como le había animado un emigrante que volvió de Alemania a veranear 15 días y que trabajaba en la casa Gründig llevando recados.

Más de dos años estuvo entretenido en su ambicioso proyecto. Mientras que el diseño tomaba cuerpo, él ya se había agenciado barritas de galena, cables de teléfonos de Citesa, botones de la misma casa y cajas de pescado para el mueble de la misma, así, como lijas, barnices de distintos tonos, pinceles, escuadras y cartabones para hacer medidas exactas. Había calculado que, a grosso modo y a rendimiento normal, la industria pondría en circulación hasta cinco unidades por día, es decir, ciento cincuenta al mes; pero que bajaría el rendimiento, más que nada, por la falta de costumbre de los operarios, por su relajación, por su falta de entusiasmo y por los accidentes, a tres unidades diarias, cosa que tampoco estaría mal.

Todos los chavales nos entusiasmos con su industria en ciernes, algunos se hicieron bigardos en la espera y optaron por volar a guateques y hogares de OJE a ligar nada y a beber menos. Algunos nos dimos cuenta que Holanda Radio Luz hacía espionaje industrial en Casa Juan. El quitaba gravedad a la denuncia que le hacíamos sacando pescuezo: «A esos capitalistas, ni caso. No merecen la pena ni una preocupación, dejad que consuman en paz». Los fascículos por entregas tenían su gracia, porque Juan mezclaba los específicos a la radio con los del montaje de planchas eléctricas y su reparación en tres pasos. Igual ese era el gran secreto que no nos quería decir: la Radio-plancha para el hogar humilde y la esposa fiel. Claro que, entonces, qué pintaba la galena en el asunto.

Su carencia de conocimientos la suplía con una agudeza fuera de lo normal; Juan era un pillo, un pícaro, un filósofo utilitario. Gustaba escucharnos a los bachilleres y de nuestros inexactos enunciados, sobre todo, de aquellos que hablaban de la difracción de Fermi, de Einstein y del átomo.

Hoy caigo en la cuenta que, quizás, jamás se propuso hacer aquellas radios de galena y que su pretensión no era otra que ganar en nuestro entusiasmo puntual un liderazgo que menguaba con los meses y una renovación en sí de los acólitos diarios que se evaporaban a la par que el tiempo. Todos nosotros, pobres de solemnidad, teníamos otra empresa a la que responder con nuestra dedicación; éramos conscientes de que el tiempo se disolvía como un azucarillo en agua caliente y que debíamos atender a nuestra formación; unos, al bachiller recién estrenado y los más, a su formación profesional, bien en la Escuela Franco o en la del Padre Mondéjar en Pozos Dulces.

Mis visitas fueron escaseando, pero aquel tiempo quedó marcado para siempre en nosotros. ¡Cómo olvidar que Juan El Poropo fue maestro del tropo! Que sus metáforas, sus metonimias, hipérboles, sinécdoques y alegorías se entretrejían como guindas que colgaban en racimos, en su manera más ordinaria de definir el mundo que le rodeaba, la fórmula más sencilla de retratar individuos, cosas, circunstancias y situaciones imprevistas:

- *Ovens\*, ovens, echadme una mano, que aún padezco.*
- *Sí, soy un afilántropo. A cambio de sus potajes, me veo en la obligación de afilarles los cuchillos y las tijeras a las vecinas.*
- *En la mojama se ve la falta de escrúpulos del hombre.*
- *Nosotros, gentes sin un duro, hemos de ser contadores de habichuelas.*
- *La explosión atómica es un susto muy grande que afecta, sobre todo, al oído interno.*
- *La tonelada métrica carece de futuro.*
- *No le des berrinches al escobón o morderás el polvo.*

Y tantas otras que a don Ramón le habrían provocado más de un mal rato.

Jamás entenderé cómo un hombre curtido en desventuras, hábil y menesteroso, tardase más de dos años en hacerse una radio de galena y menos de tres horas en dejar un seiscientos en el chasis. Eran tiempos de la Pirenaica.

Un día, tiempo después, los servicios operativos del Ayuntamiento borraron del mapa, sin miramientos, Casa Juan y a su ilustre morador. Dejaron un solar baldío, un lugar anchuroso para el cemento y la modernidad. El hombre sin edad definida, aún vaga por las calles malagueñas en forma material o en el corazón de muchos adultos.

Un abrazo Juan, nos veremos cualquier día en Babilonia.

\*Ovens. *Adolescente, joven capaz.*